

Propósitos para el nuevo año: segunda persona de singular.

Es curiosa las relaciones que pueden llegar a establecerse entre palabras aparentemente ajenas a la existencia de otras, hasta el punto de reconocer en ellas (como si esas relaciones hubiesen permanecido hasta entonces ocultas a nuestros ojos) un estado de ánimo, una intuición, la explicación completa del universo todo.

“Amor y envidia” puede ser una de esas extrañas parejas, incluso atravesadas por una doble implicación en muchos casos: a veces una persona suscita en nosotros una envidia tan vasta, tan primitiva, que con la misma mano que empuñaríamos el cuchillo para abrir su garganta, le pedimos (las palmas hacia arriba como un mendigo) que se nos entregue, que somos *suyos* en el sentido más atroz de la palabra. Tal vez lo que queremos (como en esas tribus indígenas de las que hablan los cuentos para antropólogos ilustrados) es anular al otro, arrancarle el corazón y beber su sangre para hacer correr por nuestras arterias el valor, la fortaleza, la sabiduría del otro. No nos basta *participar* de esa vida que nos es ajena: queremos bebérsela de un trago, hasta la última gota. De esa envidia puede surgir esta clase de amor devastador, quién sabe cómo. Nadie logra nunca explicar el cómo de las relaciones entre las palabras, entre las personas, entre los hechos del mundo.

Esto es lo que me ha hecho levantarme de la cama (uno revisita el insomnio de cuando en cuando como el santuario de Lourdes); esto y la imagen de Virginia Wolff en mi cabeza, acompañando una frase, una intención, un palpito, un desahogo: tengo que huir de los filósofos, no sé por cuánto tiempo, pero necesito escapar de ellos, volver al texto literario, al poema, al gesto puro (adulterado) de la palabra, a la vida fresca y orgánica, de huerto propio, no contaminada con el sollozo mórbido de algunos filósofos, pesticida industrial.

Necesito escapar de la condena, de esta especie de tensión, búsqueda constante, de la genialidad. Necesito huir a una historia, ya digo, no sé por cuánto tiempo, antes de que escribir se convierta para mí en un acontecimiento, antes de que se me vayan consumiendo en los labios, una a una, las vidas de rostros que esperan, a la sombra, para recibir un nombre (como esos inmigrantes que a las cinco de la mañana, quizá antes, esperan en mitad de una plaza de una gran ciudad a que una furgoneta los calce en un empleo de doce horas). Antes de que yo, que no soy Kant, ni soy Nietzsche, pero tampoco Niyinski, tampoco Proust, ni Faulkner, ni Eva Yerbabuena, sólo sirva para escribir blogs de ausencia, artículos para filósofos frustrados o para filósofos “profesionales” que se contentan con citar a Shakespeare un par de veces a lo largo de su vida, para hacer creer que más allá del imperativo categórico que les atormenta día y noche, les queda algo de pluralidad, de vida. De vida de la de verdad, no de esa pantomima a la que estamos acostumbrados.

Huir de este club de exégetas, de su normatividad estéril, huir, con perdón, no de la filosofía, sino de los filósofos, volver al relato, que es la forma trágica de nuestro

tiempo, darle cuerpo a los nombres huecos, construir sobre ellos el enigma de las palabras que nunca guardaron relación entre sí y que ahora se muestran en una íntima relación de fornicio... Explicar es hacer fornicar palabras entre sí, a veces sin éxito, otras fértilmente. Volver al relato, pues, como reto, como promesa (no más condenas, ya no quiero ser más un genio, ya no quiero volver a escribir con la seriedad de quien conjuga todos los verbos en primera persona del plural, como si detrás de sí ocultase un ejército de sabios dispuestos a luchar a favor de sus ideas) como logro para el próximo año. Volver al relato como forma íntima de la narratividad, volver a crear, volver a creer en crear. Volver a vivir “como si” (dedicado con amor a Kant y a sus lectores) nunca fuese a ocurrir nada trascendental, porque de hecho ya está ocurriendo; aquí, ahora, bajo las mantas de este in-sueño fingido que ya no numeras. Aquí, ahora, está sucediendo todo, la vida y la muerte, lo más importante, lo único.

Gracias por hablarme en segunda persona de singular. Me hace sentir que ocurro.